

# Capítulo 1

---

Cuando él la vio por primera vez, ella salía a rastras, con la linterna y una llave inglesa en la mano, de debajo del enorme autobús del grupo musical. Era una mujer pequeña, casi del tamaño de una niña. Al principio, él estaba convencido de que, a lo más, se trataba de una adolescente vestida con un mono ancho, con la rica cabellera rojiza y dorada recogida en una coleta. Tenía la cara sucia, manchada con aceite y tierra. Luego, ella se giró levemente y él vio los senos firmes marcados contra la delgada camiseta de algodón que llevaba por debajo del peto.

Darius se la quedó mirando, fascinado. Incluso a esa hora de la noche su pelo era como una llamarada. Se asombró al darse cuenta de que era pelirroja. Como cárpato macho, como depredador e inmortal, Darius no había visto colores, sólo el blanco y el negro, en más siglos de los que podía contar. Nunca se lo había contado a Desari, su hermana menor, como tampoco le había contado que había perdido sus emociones. Después de una eternidad, Desari seguía siendo dulce y compasiva, y poseía todas las buenas cualidades de una hembra cárpata. Todo lo que él no era. Desari dependía de él, como todos los demás en el grupo, y él no quería angustiarla confesándole lo cerca que estaba de enfrentarse al alba —y a su propia destrucción—, o de convertirse en vampiro, en una criatura inerte en lugar de inmortal.

Que esa mujer pequeña y desconocida vestida con un mono ancho hubiera cautivado su atención le parecía sorprendente. Había algo en su manera de mover las caderas que lo sacudió en lo más profundo. Tras esa primera impresión, recuperó el aliento y la siguió a cierta distancia cuando ella dio la vuelta alrededor del autobús del grupo itinerante y desapareció de su vista.

—Debes estar cansada, Rusti —dijo Desari—. ¡Has trabajado todo el día!

Darius no podía ver a su hermana Desari pero, como de costumbre, oía su voz, una sucesión de notas musicales capaces de hacer que algunos perdieran la cabeza y de influir en todas las cosas vivas de este mundo.

—Hay un poco de zumo en la nevera de la caravana. Tómatelo y relájate unos minutos. No puedes acabar todas las reparaciones en un solo día —dijo, para concluir.

—Sólo un par de horas más y lo tendré todo funcionando —dijo la pequeña pelirroja. Aquella voz suave y ronca tocó a Darius en alguna fibra profunda de su ser y sintió en las venas el torrente caliente de la sangre. Se quedó inmóvil, como paralizado por aquella repentina sensación.

—Insisto, Rusti —dijo Desari, con voz queda.

Darius conocía ese tono de voz con que Desari siempre conseguía lo que se proponía.

—Por favor. Ya estás contratada como mecánico del equipo. Es evidente que eres precisamente lo que necesitamos. Así que déjalo por esta noche, ¿vale? Viéndote trabajar así de duro me siento como una explotadora.

Darius dio lentamente la vuelta alrededor de la caravana y se acercó a paso lento a la pelirroja y su hermana. Junto a Desari, alta y elegante, la pequeña mujer mecánico que todavía no conocía tenía el aspecto de una niña desaliñada. Aún así, él no podía quitarle los ojos de encima. Ella respondió con una risa ronca, y Darius sintió que se adueñaba de su cuerpo una dolorosa pesadez. Incluso a esa distancia, observó que sus ojos eran de color verde brillante, bajo los párpados pesados y las frondosas pestañas, que su rostro era perfectamente ovalado, con pómulos prominentes y una boca generosa y sensual que pedía a gritos ser besada.

Antes de que pudiera escucharla, ella volvió a desaparecer. Pasó junto a su hermana en la parte trasera del autobús averiado y se acercó a la puerta. Darius sólo atinó a quedarse ahí parado, paralizado en medio de la oscuridad. Las criaturas de la noche empezaban a despertarse a la vida, y Darius dejó vagar la mirada por los alrededores del campamento, observando los diversos colores del entorno. Vívidos tonos de verde, amarillo y azul. Ahora veía el color plateado del autobús, las letras azules en uno de los lados. El pequeño coche deportivo, estacionado no muy lejos de ahí, era de color rojo bombero. Las motos de trial fijadas al autobús eran amarillas. Las hojas de los árboles tenían un tono verde brillante, con venas algo más oscuras.

Darius inhaló profundamente, aspirando con deliberación la esencia que aquella mujer extraña dejaba como una estela. Así podría encontrarla siempre, aunque fuera en medio de una multitud, y siempre sabría dónde estaba. Era curioso, Darius se sentía como si hubiera dejado de estar solo. Ni siquiera la conocía, pero con sólo saber que estaba en el mundo, éste parecía un lugar completamente diferente. No, Darius jamás le había contado a su hermana lo triste y vacía que era su existencia, ni le hablaba de lo peligroso que se estaba volviendo. Pero cuando su mirada se posó en la pelirroja, una mirada caliente y posesiva, algo feroz y primitivo rugió en su interior pidiendo ser liberado.

Desari apareció sola desde el otro lado del autobús.

—Darius, no sabía que habías despertado. Te has vuelto tan misterioso últimamente —dijo Desari, y lo barrió con una mirada inquisitiva de sus grandes ojos oscuros—. ¿Qué tienes? Pareces... —dijo, y vaciló. *Peligroso*. La palabra no dicha quedó vibrando en el aire.

Él señaló la caravana con un movimiento de la cabeza.

—¿Quién es?

Desari se estremeció ante su tono de voz, y luego se frotó los brazos como si tuviera frío.

—Ya hablamos de la necesidad de contratar un mecánico que nos acompañara cuando saliéramos de gira para mantener los vehículos a punto y así nosotros pudiéramos proteger nuestra intimidad. Te hablé de poner un anuncio, con un imperativo especial incluido, y tú diste tu aprobación, Darius. Dijiste que si encontrábamos a alguien que fuera tolerado por los felinos, lo permitirías. Esta mañana tem-

prano apareció Rusti. Los leopardos estaban afuera conmigo y ninguno de los dos tuvo una reacción violenta.

—¿Cómo es posible que haya llegado hasta nuestro campamento a pesar de nuestras defensas, de las barreras que nos protegen durante las horas de luz? —inquirió Darius, con voz pausada, aunque con un ligero asomo de amenaza.

—Francamente, no lo sé, Darius. He hecho un barrido de su mente en caso de que tuviera segundas intenciones, y no he encontrado nada sospechoso. Los patrones de su cerebro son diferentes de la mayoría de humanos, pero yo sólo he detectado su necesidad de trabajar, de buscarse un empleo decente.

—Es una mortal —dijo Darius.

—Ya lo sé —dijo Desari a la defensiva, consciente del peso opresivo que dejaba en el aire la censura de su hermano—. Pero no tiene familia, y nos ha dicho que ella también necesita tener un poco de intimidad. No creo que le moleste si no estamos durante el día. Le he advertido que trabajamos y viajamos sobre todo de noche, y que solemos dormir durante el día. Ella dijo que eso no le suponía ningún problema. Y es verdad que necesitamos que se ocupe de nuestros vehículos y los mantenga a punto. Tú sabes que es verdad. Sin ellos, perderíamos nuestra fachada de «normalidad». Y a un humano lo podemos controlar sin mayores problemas.

—Le has dicho que entre en la caravana, Desari. Si está allí dentro, ¿por qué no están los leopardos contigo? —preguntó Darius. De pronto sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Dios mío —dijo Desari, y palideció—. ¡Qué error he cometido! —Visiblemente afectada, corrió hasta la puerta de la caravana.

Darius llegó antes que ella, abrió la puerta de un tirón y de un salto estuvo adentro, dispuesto a luchar contra los dos leopardos del grupo por esa pequeña mujer. Se quedó paralizado, completamente inmóvil, con su larga cabellera colgándole sobre la cara. La pelirroja estaba acurrucada en el sofá con un enorme leopardo a cada lado, y los dos felinos la hacían aún más pequeña y no dejaban de buscarle las manos, pidiendo atención.

Tempest «Rusti» Trine se incorporó rápidamente cuando el hombre entró en el autobús de la caravana. Tenía un aspecto feroz y peligroso. Todo en él era expresión de peligro y poder. Era un hom-

bre alto, fibroso como los felinos, y tenía el largo pelo oscuro greñoso y despeinado. Tenía grandes ojos negros, oscuros como la noche, y había en ellos algo de hipnotizador y penetrante, como los ojos de las panteras. Tempest sintió que el corazón le daba un vuelco y que se le secaba la boca.

—Perdón, Desari me dijo que podía entrar —afirmó, como queriendo apaciguarlo, intentando apartarse de los felinos mientras éstos seguían buscándola con el morro, pidiendo su atención, casi tumbándola cada vez que la empujaban. Intentaban lamerle las manos, cosas que ella evitaba ya que, con sus lenguas rasposas, podían arrancarle la piel.

Desari entró en el autobús junto al hombre grande y se detuvo, boquiabierto y desconcertado.

—Gracias a Dios que estás bien, Rusti. Nunca te habría dicho que entraras aquí sola si me hubiera acordado de los leopardos.

—*Es algo que no debieras olvidar nunca.* —Darius le transmitió a su hermana la reprimenda como un suave y aterciopelado latigazo, y lo hizo por vía directa, utilizando la habitual telepatía. Desari parpadeó, pero no protestó, sabiendo que su hermano tenía razón.

—Parecen bastante amaestrados —aventuró Rusti, vacilante, acariciando primero la cabeza de un felino, luego la otra. El ligero temblor de sus manos delataba su nerviosismo, ante la presencia del hombre, no de los leopardos.

Darius se enderezó. Parecía un personaje intimidatorio. Cuando lo vio, con sus anchos hombros que iban casi de lado a lado del autobús, Rusti dio un paso atrás. Él le clavó directamente los ojos, y con esa mirada la mantuvo prisionera, buscando en el fondo de su alma.

—No están amaestrados. Son animales salvajes y no soportan el contacto demasiado estrecho con los seres humanos.

—¿De verdad? —De pronto, en los ojos verdes de la pelirroja asomó un brillo de picardía, mientras apartaba al felino más grande—. No me había dado cuenta. Lo siento. —No daba la impresión de que se arrepintiera de su conducta. Más bien parecía que estaba burlándose de él.

De alguna manera, Darius supo, sin la sombra de una duda, que la vida de esa mujer estaría unida a la suya para toda la eternidad. Ha-

bía encontrado lo que el nuevo compañero de Desari, Julian Savage, llamaba una compañera para toda la vida. Permitió que en sus ojos asomara brevemente ese deseo de ella que lo consumía, y se sintió satisfecho cuando ella volvió a dar un paso atrás.

—No están amaestrados —repitió—. Son capaces de despedazar a cualquiera que entre en este autobús. ¿Cómo se explica que estés con ellos y a salvo? —preguntó, con voz grave e imperiosa. Era la voz de un hombre acostumbrado a una obediencia ciega.

Rusti se mordió el labio inferior, delatando su nerviosismo, pero levantó el mentón con gesto desafiante.

—Oye, si no me queréis aquí, no pasa nada. No hemos firmado un contrato ni nada. Recogeré mis herramientas y me marcharé. —Dio un paso hacia la puerta, pero aquel hombre le cerraba el camino como una muralla. Se giró y miró a sus espaldas, calculando la distancia hasta la puerta trasera, preguntándose si alcanzaría a llegar antes de que él diera el salto final. Por algún motivo, temía que si corría desataría en él sus instintos de predador.

—Darius —intervino Desari con gesto amable, y le puso una mano sobre el brazo para aplacarlo.

Él ni siquiera giró la cabeza, y mantuvo la mirada fija en la cara de Rusti.

—Déjanos —ordenó a su hermana, con voz suave pero amenazante. Hasta los felinos dieron muestras de inquietud, y se arrimaron a la pelirroja, cuyos ojos verdes ahora brillaban como piedras preciosas.

En su vida nadie había asustado a Rusti tanto como aquel hombre llamado Darius. Había en sus ojos una posesividad desenfadada, y en su hermosa boca se dibujaba una crueldad sensual. Latía en él una intensidad ardiente que Rusti nunca había visto. Cuando Desari obedeció de mala gana a su hermano y abandonó el lujoso autobús, Rusti vio que su única aliada la abandonaba.

—Te he hecho una pregunta —dijo él, con voz queda.

Su voz la puso nerviosa. Era como un arma negra y aterciopelada, el instrumento de un brujo, y le provocó en todo el cuerpo un calor tan indescriptible como inesperado. Sintió que se le ruborizaba el cuello, luego toda la cara.

—¿Todo el mundo hace siempre lo que tú dices?

Él esperó, quieto como un leopardo a punto de dar el salto final, con los ojos fijos en ella. Rusti experimentó el curioso impulso de contestarle, de decirle toda la verdad. Aquel deseo le latió en la cabeza hasta que se frotó las sienes como si fuera a protestar. Luego suspiró, sacudió la cabeza y trató incluso de sonreír.

—Mira, no sé quién eres, aparte de ser el hermano de Desari, pero creo que los dos hemos cometido un error. Yo sólo vi el anuncio pidiendo un mecánico y pensé que era un empleo que me agradaría, viajando con una banda de músicos por todo el país. —Se encogió de hombros, como restándole importancia—. Pero no importa, porque así como he venido, puedo irme.

Darius le escrutó el rostro. Estaba mintiendo. Aquella chica necesitaba el empleo. Tenía hambre, pero era demasiado orgullosa para hablar. Sabía disimular su desesperación, pero necesitaba el empleo. Sin embargo, sus ojos verdes no dejaban de sostener esa oscura mirada suya, y en todos sus gestos se adivinaba la misma actitud desafiante.

Entonces él dio el primer paso. En un segundo estuvo junto a ella, tan rápidamente que Rusti no tuvo ni la menor oportunidad de escapar. Darius oyó el latido apresurado del corazón de Rusti, la sangre rugiendo en sus venas, y se quedó con la mirada fija en el pulso que le latía en el cuello.

—Creo que este trabajo te irá como anillo al dedo. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Estaba demasiado cerca, era demasiado grande, demasiado intimidatorio y poderoso. A esa distancia, Rusti sintió el calor que emanaba de su figura, el magnetismo que irradiaba. No estaba lo bastante cerca para tocarla, pero eso no impedía que sintiera el contacto de su piel. Tuvo el impulso de escapar, correr lo más rápido y lejos posible.

—Todos me llaman Rusti —dijo, y a sus propios oídos sonó desafiante.

Darius sonrió de esa manera exasperante que tienen los hombres, con lo cual le daba a entender que sabía que ella lo temía. Su sonrisa no consiguió infundir ni la más mínima calidez a esa mirada oscura y gélida. Se inclinó lentamente hacia ella, hasta que Rusti sintió su aliento en el cuello. Un cosquilleo de excitación le recorrió la

piel. Hasta la última célula de su cuerpo estaba en alerta, anunciando el peligro.

—Te pregunté cómo te llamabas —murmuró él directamente sobre el pulso que latía en su cuello.

Rusti respiró profundo y se obligó a quedarse totalmente quieta, sin mover un pelo. Si iban a entregarse a un juego, no sería ella quien cometiera el primer error.

—Me llamo Tempest Trine. Pero todos me llaman Rusti.

Él volvió a mostrar su blanca dentadura. Tenía el aspecto de un predador hambriento acechando a la presa escogida.

—Tempest. Te sienta bien. Yo soy Darius, el vigilante de este grupo. Aquí se hace lo que yo digo. Es evidente que ya has conocido a mi hermana, Desari. ¿Te han presentado a los demás? —Con sólo pensar en la presencia de otros machos alrededor de ella, Darius se sintió desgarrado por una irritación del todo desconocida. Y en ese momento supo que hasta que no poseyera a Tempest, sería un individuo sumamente peligroso, no sólo para los mortales sino también para los suyos. En todos los siglos de su existencia, incluso en los primeros años, cuando la alegría y el dolor todavía existían para él, jamás había experimentado celos tan intensos, tanta posesividad, ningún otro tipo de emoción ni remotamente parecido. Hasta ese momento, no había sabido qué era la auténtica rabia. La fuerza que proyectaba aquella pequeña mujer daba mucho que pensar.

Rusti sacudió la cabeza. Quiso apartarse de su intensidad, de esa manera de provocarle esa alarmante aceleración del corazón, y lanzó una mirada frenética de susto hacia la puerta trasera. Pero Darius estaba demasiado cerca como para intentar la huida. Así que miró a los dos grandes felinos y se concentró en ellos, los convirtió en objeto de sus pensamientos, un talento que tenía desde que nació y que nunca reconocería abiertamente.

El leopardo más pequeño, de tonos más claros, se desplazó hasta quedar entre ella y Darius y enseñó los colmillos con un gruñido de advertencia. Darius dejó descansar una mano sobre la cabeza del animal para calmarlo. *Tranquilo, amigo. No pienso hacerle daño a esta mujer. Quiere dejarnos. Lo percibo en su mente, y no puedo permitirlo. Tú tampoco lo desearías.*

El felino se situó sin tardar frente a la puerta trasera, cerrándole a Rusti toda posibilidad de escapar.

—Traidor —dijo ella al leopardo, entre dientes, sin poder controlarse.

Darius se frotó el puente de la nariz con gesto pensativo.

—No eres una mujer corriente. ¿Te has comunicado con los animales?

Ella tuvo un gesto como si fuera culpable de algo, y apartó la mirada de él, mientras se tapaba la boca suave y temblorosa con el dorso de la mano.

—No tengo ni la menor idea de lo que dices. Si hay alguien que se comunica con los animales, eres tú. El leopardo está delante de la puerta. Por lo visto, te obedecen todos, incluyendo los animales, ¿no?

—Todos los que pertenecen a mis dominios —dijo él, asintiendo levemente—, y eso ahora te incluye a ti. No puedes irte. Te necesitamos tanto a ti como tú a nosotros. ¿Desari te ha asignado un lugar donde dormir? —Darius no sólo sentía el hambre de la mujer sino también su cansancio. Latía en él, en su interior, despertando como un rugido todos sus instintos de protección.

Rusti se lo quedó mirando, como calculando sus opciones. Algo en lo más profundo le decía que Darius la había despojado de esas opciones. No le permitiría marcharse. Lo vio en la línea implacable de su boca, en la dura determinación que se adueñó de sus rasgos, y lo vio en sus ojos oscuros y desalmados. Si quería, podía fingir, que todo quedara entre ellos sin hablar, sin desafiarlo. Ese individuo estaba revestido de poder como si fuera una segunda piel. Rusti se había encontrado en situaciones peligrosas antes, pero esto era del todo diferente. Quería salir corriendo y... también quería quedarse.

Darius estiró la mano y le levantó el mentón con dos dedos, de manera que pudiera mirarla a sus ojos verdes. Dos dedos. Nada más. Sin embargo, Rusti se sintió como si le hubiera puesto unas cadenas, como si los hubiera unido a los dos de alguna manera inexplicable. Sintió el impacto de su mirada, una mirada que la quemaba, que la marcaba como si le perteneciera.

Con la punta de la lengua se humedeció el labio inferior. Darius se apretó, tensado por una demanda deseosa, dura y urgente.

—No huirás, Tempest. No creas que puedes marcharte. Necesi-

tas el empleo. Nosotros te necesitamos a ti. Sólo tienes que cumplir con las reglas.

—Desari me ha dicho que podía dormir aquí —dijo ella, antes de que pudiera evitarlo. No sabía qué hacer. Sólo le quedaban veinte dólares, y había pensado que aquél sería el empleo perfecto. Era un mecánico excelente, disfrutaba viajando, le agradaba estar sola y adoraba a los animales. Y algo en ese anuncio en concreto le había llamado la atención, y después algo la había conducido hasta ese lugar, hasta esa gente, como si ése fuera su destino. Era una sensación rara, casi un impulso irresistible de encontrarlos, con la seguridad de que era el empleo indicado para ella. Debería haber sabido que era demasiado perfecto para ser verdad. Sin pretenderlo, dejó escapar un ligero suspiro.

Darius le acarició suavemente el mentón con el pulgar. La sintió temblar, pero vio que no cedía terreno.

—Siempre hay un precio que pagar —dijo él, como si le leyera el pensamiento. Desplazó la mano hasta su pelo, y le tocó los rizos rojizos como si no pudiera impedirse.

Rusti se quedó muy quieta, como un animal pequeño que es sorprendido en terreno abierto por una pantera que ha salido a cazar. Sabía que era un ser sumamente peligroso para ella, pero sólo atinaba a mirarlo, impotente. Él le estaba haciendo algo, la estaba hipnotizando con sus ojos oscuros y ardientes. Ella no podía apartar la vista. No podía moverse.

—¿Es un precio muy alto? —pronunció la pregunta con una voz ahogada, ronca. A pesar de que Tempest intuía que debía sustraerse a la mirada de sus ojos, le resultaba imposible.

Él se acercó más, y luego más, hasta que su fornida figura quedó como marcada en la suavidad de ella. Darius estaba por todas partes, rodeándola, envolviéndola hasta formar parte de él. Ella sabía que intentaría moverse, romper el encantamiento que él tejía a su alrededor, pero no tenía la fuerza necesaria. Y entonces él la envolvió en sus brazos, la atrajo hacia él y Rusti dio un respingo al sentir tal delicadeza en un hombre tan poderoso y de fuerza tan descomunal. Él le murmuró algo suave y tranquilizador. Una orden imperiosa. La seducción de un brujo.

Rusti cerró los ojos, y de pronto el mundo se volvió borroso y

se convirtió en una ensoñación. Sintió que no podía moverse, como si no quisiera moverse. Esperó, reteniendo el aliento. Él le rozó la sien con la boca, siguió hasta su oreja, pasó por su mejilla como el roce de una pluma, hasta llegar a sus labios, respirando una agradable calidez, dejando un reguero de pequeñas llamas por donde pasaba. Rusti se sintió desgarrada, escindida. Una parte de ella sabía que aquello era perfecto, que era lo correcto. La otra la impulsaba a huir lo más rápido y lejos posible. Él le pasó la lengua por el cuello, una caricia sedosa y áspera que le hizo encoger los dedos de los pies y desató una ola de calor que la recorrió de pies a cabeza. Darius le cogió la nuca y la acercó aún más. Volvió a incursionar con la lengua. Ella tuvo la sensación de un calor al rojo vivo que le penetraba la piel justo por encima del pulso que latía, frenético. El dolor la fulminó, pero inmediatamente después, dio lugar al placer erótico.

Rusti respiró con dificultad, encontró el vestigio de un instinto de conservación y se retorció, quiso apartarlo empujando contra su musculoso pecho. Darius se movió sutilmente, pero sus brazos siguieron firmes donde estaban. La invadió la somnolencia, una voluntad de darle todo lo que él quisiera.

Tempest estaba como dividida en dos, una parte atrapada sin poder remediarlo en aquel abrazo oscuro, la otra observando, presa del asombro y el horror. Tenía el cuerpo caliente. Ardiente y lleno de deseo. Interiormente, aceptó a Darius, lo dejó hacer. Éste se inclinó y bebió de su sangre, afirmando su reivindicación de ella. De alguna manera, Rusti sabía que no intentaba matarla sino poseerla. También supo que Darius no era una criatura humana. Sus párpados se cerraron y le flaquearon las piernas.

Darius le pasó un brazo por debajo de las rodillas y la levantó, estrechándola contra su pecho mientras se alimentaba. Rusti era cálida y dulce, diferente a todo lo que hubiera probado antes. Su cuerpo entero ardía por ella. Sin dejar de alimentarse, Darius la llevó hasta el sofá, deleitándose con su esencia, incapaz de impedirse a sí mismo tomar lo que le pertenecía en toda justicia. Era verdad que le pertenecía. Él lo sentía, lo sabía y no se conformaría con nada menos que ella.

Sólo cuando la cabeza cayó hacia un lado se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Se maldijo a sí mismo y cerró la herida con sólo

rozarla con la lengua. Luego comprobó su pulso. Había tomado mucha más sangre de lo que ella podía dar. Y, aún así, añoraba seguir con cada palpito de su cuerpo, entregado a aquella furiosa urgencia. Sin embargo, Tempest Trine era una mujer pequeña y no era de su raza. No podía exponerla a la pérdida de tanta sangre.

Peor aún, lo que había hecho estaba estrictamente prohibido. Violaba todos los códigos y leyes que él conocía, cada una de las reglas que él había enseñado a los demás y ante las cuales exigía respeto. Sin embargo, le era imposible controlarse, tenía que poseer a esa mujer. En realidad, a una mujer mortal se la podía utilizar para tener relaciones sexuales, para satisfacer un simple placer del cuerpo, si es que todavía se podía sentir ese tipo de cosas. Y siempre y cuando no le quitara hasta el último soplo de vida, a una mujer mortal también se la podía utilizar como fuente de sustento, para alimentarse. Pero no las dos cosas, y nunca las dos a la vez. Era un tabú. Darius sabía que si no se hubiera desmayado por la pérdida de sangre, él la habría poseído. No una vez sino repetidas, interminables veces. Y habría matado a cualquiera que intentara impedirse, a cualquiera que hubiera intentado arrebatarla.

Quizás ya había ocurrido. Quizás ya había empezado a convertirse en vampiro. Era el peor temor de todo cárpatos. ¿Le estaba ocurriendo a él? No le importaba. Sólo sabía que Tempest Trine tenía una importancia fundamental para él, la única mujer que había deseado en todos los siglos de su vida solitaria y desierta. Ella lo hacía sentir. Lo hacía ver. Ella había traído la vida y el color a su gris existencia. Y ahora que lo había visto y sentido, él jamás volvería al vacío total.

La acunó sentándola sobre sus rodillas y se desgarró la muñeca con los dientes. Sin embargo, algo lo detuvo. No parecía correcto alimentarla de esa manera. En su lugar, se abrió la impecable camisa de seda. De pronto se tensó, expectante. Con una de sus uñas convertida en una garra afilada como una navaja, hizo un tajo como una línea delgada en su pecho, y llevó la boca de ella a la herida. Su sangre era antigua y poderosa, y no tardaría en devolverle el vigor.

Al mismo tiempo, buscó en su mente. Habiendo perdido el sentido, era relativamente fácil asumir el control, ordenarle que hiciera según su voluntad. Pero Darius quedó asombrado ante su descubri-

miento. Desari tenía razón. La mente de Tempest no coincidía con el patrón normal de los humanos. Se parecía más a la de los leopardos con que él solía correr, una inteligencia llena de astucia. No era exactamente lo mismo, pero era totalmente diferente al cerebro humano. Por el momento, no importaba. Él la controlaba con facilidad, y le ordenó que bebiera para que recuperara lo que él había tomado de ella.

De pronto empezó a oír en su mente un cántico salido de la nada. Se vio a sí mismo pronunciando las palabras de un ritual, sin saber de dónde venían, pero con la convicción de que había que pronunciarlas. Murmuró aquellas palabras en la antigua lengua de su pueblo, y luego las repitió en inglés. Se inclinó, curioso, sobre Tempest, le acarició el pelo y le murmuró palabras dulces al oído:

—Te reclamo como mi compañera. Te pertenezco. Ofrezco mi vida por ti. Te doy mi protección, mi alianza, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Cuidaré como mío todo lo que te pertenece. Tu vida, tu felicidad y tu bienestar serán honrados y siempre situados por encima de mi vida y mi bienestar. Eres mi compañera, unida a mí para toda la eternidad y siempre bajo mi protección.

Mientras recitaba aquella letanía, percibió que algo se removía en su interior y luego experimentó la liberación de una gran tensión. También sintió que sus palabras tejían unas fibras diminutas entre su alma y la de ella, entre su corazón y el de Tempest. Ella le pertenecía. Y él le pertenecía a ella.

Pero aquello no estaba bien. Ella era mortal. Él era cárpato. Ella envejecería. Por él nunca pasaría el tiempo. Aún así, no importaba. Nada le importaba excepto saber que ella estaba en su mundo, que estaba a su lado. Que él lo sentía como algo bien hecho. Esa mujer encajaba con él como si la hubieran modelado únicamente a su medida.

Darius cerró los ojos y la sostuvo en brazos, deleitándose con aquella sensación al estrecharla. Cerró su propia herida y la dejó tendida sobre los cojines en el sofá. Muy suavemente, con gestos que rayaban en lo reverencial, le limpió el aceite y la suciedad de la cara. *No te acordarás de esto cuando te despiertes. Sólo recordarás que has aceptado el empleo y que ahora formas parte del grupo. No sabes nada de lo que soy, ni recordarás que hemos intercambiado nuestra*

*sangre*. Reforzó aquella orden con una embestida mental más que suficiente para convencer a un ser humano.

Parecía tan joven en su sueño, con el pelo rojo y dorado enmarcándole la cara. La tocó con dedos posesivos y con un brillo feroz en los ojos. Luego se volvió a mirar a los grandes felinos.

—*Os agrada. Puede hablar con vosotros, ¿verdad?* —preguntó.

Percibió la respuesta de los animales, no en palabras sino en imágenes de afecto y confianza. Asintió con un gesto de la cabeza.

—*Es mía, y no renunciaré a ella. Cuidad de ella mientras duermes hasta el próximo despertar* —les ordenó, silencioso.

Los dos leopardos se frotaron contra el sofá, intentando acercarse lo más posible a la mujer. Darius le acarició la cara una última vez, y luego se giró y salió del autobús caravana. Sabía que Desari lo estaría esperando, y que sus dulces ojos de cierva serían acusadores.

Estaba apoyada contra la caravana, y en su bello rostro se intuía la confusión. En cuanto vio a Darius, lanzó una mirada de ansiedad hacia el interior del autobús.

—¿Qué has hecho?

—No te metas en esto, Desari. Eres sangre de mi sangre, eres la que más quiero y venero, pero... —Darius se detuvo, sorprendido de poder expresar esa emoción por primera vez en muchos siglos. Volvía a sentir amor por su hermana. Latía en él, vivo e intenso, y Darius sintió un enorme alivio de no tener que recordar emociones y luego fingirlas. Recuperó la compostura y siguió—: pero no toleraré que intervengas en este asunto. Tempest se quedará con nosotros. Es mía. Los demás no deben tocarla.

Desari se llevó una mano al cuello y su rostro palideció.

—Darius, ¿qué has hecho?

—No pienses en desafiarme, o me la llevaré lejos de aquí y os dejaré a todos para que cada cual siga su propio camino.

A Desari le temblaba la boca.

—Estamos bajo tu protección, Darius. Tú siempre has ido adelante, y nosotros siempre te hemos seguido. Confiamos en ti, y confiamos en tu juicio —dijo, y vaciló antes de seguir—. Sé que nunca le harías daño a esa chica.

Darius escrutó la cara de su hermana durante un momento largo.

—No, no lo sabes, Desari, y yo tampoco. Sólo sé que, sin ella, traeré peligros y muerte a muchos antes de ser destruido.

Oyó que su hermana tragaba aire, afligida.

—¿Es tan grave, Darius? ¿Estáis de verdad tan cerca el uno del otro? —No era necesario que pronunciara las palabras *vampiro*, o *criatura inerte*. Los dos sabían en lo más íntimo a qué se refería Desari.

—Ella es lo único que hay entre la destrucción de los mortales y los inmortales. La línea es frágil. No intervengas, Desari. Es la única advertencia que puedo hacerte —dijo, con un tono resuelto e implacable.

Darius siempre había sido reconocido como líder del reducido grupo, desde que eran niños y él los había salvado de una muerte segura. Cuando aún no era más que un zagal, los había criado y protegido, se había dado por entero a ellos. Él era el más fuerte, el más astuto, y el más poderoso. Tenía el don de sanar a los demás, que dependían de su sabiduría y sus conocimientos. Él los había guiado a lo largo de los siglos sin pensar jamás en sí mismo. Desari no podía sino apoyarlo en lo único que pedía. No, no lo pedía sino que lo exigía. Desari sabía que Darius no exageraba, que no mentía ni engañaba. Nunca lo hacía. Si decía algo, había que creerle.

Con ademán lento, no sin reparos, Desari asintió.

—Eres mi hermano, Darius. Siempre estaré contigo, sea cual sea tu decisión.

Desari se giró cuando su compañero se materializó de pronto, en estado sólido, a su lado. Julian Savage todavía le quitaba el aliento cuando veía su figura alta y musculosa, y sus impresionantes ojos del color del oro fundido que siempre reflejaban el amor que él le profesaba.

Julian se inclinó hacia Desari para rozarle la sien con toda la calidez y dulzura de su boca. Había recibido una señal de su hermana a través de su vínculo psíquico, una señal de aflicción que lo obligó a interrumpir su búsqueda de una presa. Cuando se giró para mirar a Darius, su mirada era fría. Darius le respondió con una mirada igual de gélida.

Desari dejó escapar un leve suspiro al ver que los dos machos territoriales se medían con la mirada.

—Me lo habéis prometido —dijo.

Julian se volvió de inmediato hacia ella, y le habló con una voz extraordinariamente dulce.

—¿Ha habido algún problema?

Darius emitió un sonido como de disgusto, un gruñido largo.

—Desari es mi hermana. Siempre he velado por su bienestar.

Por un instante, los ojos de color oro fundido brillaron al mirar a Darius, amenazantes. Y luego los dientes de Julian brillaron, como en un amago de sonrisa.

—Es verdad, y no puedo hacer otra cosa que estarte agradecido por ello.

Darius sacudió apenas la cabeza. Todavía no estaba acostumbrado a tolerar la presencia de cualquier macho que no perteneciera a su propio grupo. Aceptar que el compañero de su hermana viajara con ellos era una cosa. Que aquello le gustara, era algo del todo diferente. A Julian lo habían criado en los montes Cárpatos, su tierra natal y, aunque obligado a llevar una existencia solitaria, tenía la ventaja de haber pasado años aprendiendo sus costumbres, y de contar con la protección de los cárpatos adultos en sus años de juventud. Darius sabía que Julian era fuerte y, además, uno de los cazadores de vampiros más experimentados del grupo. También sabía que Desari estaba a salvo con él, pero no podía renunciar a su propio rol de hermano protector. Llevaba demasiados siglos siendo el líder, aprendiendo de la manera más dura, mediante la experiencia.

Siglos atrás, en su tierra natal ya casi olvidada, Darius y otros cinco niños habían visto a sus padres asesinados por invasores que los creyeron vampiros y, por esa razón, llevaron a cabo una masacre ritual, clavando una estaca en el corazón de las víctimas y luego decapitándolas, no sin antes llenarles la boca de ajo. Había sido un episodio traumático y aterrador porque los turcos otomanos invadieron su pueblo mientras el sol estaba en lo alto del cielo, en el momento del día en que sus padres eran más vulnerables. Los cárpatos intentaron salvar a los mortales de la aldea, luchando a su lado para repeler la invasión, a pesar de que el ataque los sorprendió en un momento de debilidad. Sin embargo, los asaltantes eran demasiado numerosos, y el sol estaba en su cenit. Casi todos fueron masacrados.

Después, el ejército invasor reunió en una choza de paja a los niños, mortales e inmortales por igual, y le prendió fuego con la inten-

ción de quemar a todos los pequeños. Darius consiguió fabricar una ilusión para ocultar a los soldados la presencia de un puñado de niños, una hazaña insólita para su edad. Y al ver a una campesina que había escapado de los asaltantes sedientos de sangre, también la ocultó a ella y le dio una orden. Grabó en la mente de la mujer la necesidad imperiosa de huir de aquel lugar, y llevarse a los niños cárpatos que habían sobrevivido.

La mujer los condujo montaña abajo y los llevó hasta su amante, un hombre que tenía un barco. Aunque en aquellos tiempos navegar en alta mar no era una práctica habitual, debido a las numerosas leyendas que hablaban de serpientes y de abismos insondables que se tragaban a los hombres, enfrentarse a la crueldad de los invasores era aún peor, así que la pequeña tripulación condujo al navío lejos de la costa en un intento de huir de los ejércitos que avanzaban sin dar tregua.

Todos los niños se acurrucaron juntos en la precaria embarcación, aterrorizados y traumatizados tras haber presenciado el brutal exterminio de sus padres. Incluso Desari, que no era más que un bebé, se dio cuenta de lo ocurrido. Darius los ayudó en su huida, insistiendo siempre en que lo podían conseguir si se mantenían unidos. Se desató una violenta tormenta que barrió a los marineros y a la mujer de la cubierta con la misma presteza con que los turcos habían masacrado a los aldeanos. Darius se resistió para no rendir su propia carga a un destino tan horrible. A pesar de ser no más que un niño, tenía una voluntad de hierro. Forjó en las mentes de los niños la imagen de un pájaro y los obligó, a pesar de su tierna edad, a mutar de forma antes de que el navío se hundiera. Y luego voló, sosteniendo a la pequeña Desari entre sus garras, y los condujo hasta la tierra más cercana, en las costas de África.

Darius tenía seis años, y su hermana apenas seis meses. La otra pequeña del grupo, Syndil, tenía un año. Los acompañaban tres niños, el mayor de los cuales tenía sólo cuatro. Comparado con la comodidad familiar de su tierra natal, África era un territorio salvaje, indomado, primitivo y temible. Sin embargo, Darius se sentía responsable de la suerte de los demás pequeños. Aprendió a luchar, a cazar y a matar. Aprendió a ejercer la autoridad y a cuidar de su grupo. Los niños cárpatos todavía no poseían las extraordinarias habilidades de sus ma-

yores para conocer lo desconocido, ver lo invisible, reinar sobre las criaturas y las fuerzas de la naturaleza, y sanar. Tenían que aprender aquellas técnicas de sus padres, estudiar con quienes les enseñaban. Darius no dejó que esas dificultades lo detuvieran. Aunque él mismo no era más que un niño, estaba decidido a no perder a los más pequeños. Para él, era así de sencillo.

No fue fácil mantener vivas a las dos niñas. Las hembras cárpatas rara vez sobreviven al año de vida. Al principio, Darius albergaba la esperanza de que vendrían otros cárpatos y los rescatarían pero, entretanto, debía proveer para los pequeños en la medida de sus posibilidades. Sin embargo, en el transcurso del tiempo los recuerdos y las costumbres de su raza original se fueron desvaneciendo. Darius aprovechó las pocas reglas que había aprendido desde la cuna, cosas que recordaba de las conversaciones con sus padres y, con el tiempo, acabó inventándose su propio método y un código de honor por el que se regirían sus actos.

Se dedicó a recolectar hierbas, a cazar animales y a probar, primero en solitario, todas las posibles fuentes de alimentación, y a menudo enfermó durante aquellos años de aprendizaje. Al final, llegó a conocer el mundo natural, se convirtió en un protector fuerte y, con el tiempo, el grupo de niños se volvió más unido que muchas familias, un grupo único y perdido en aquel remoto rincón del mundo. Los pocos especímenes como ellos que encontraron ya se habían convertido, y ahora vagaban como criaturas inertes, vampiros que se alimentaban de las vidas de otros seres a su alrededor. Era siempre Darius el que asumía la responsabilidad de cazar y destruir a los temibles demonios. En el grupo se crearon fuertes vínculos de lealtad de unos con otros y todos se protegían mutuamente con ferocidad. Y todos obedecían a Darius sin rechistar.

Su fuerza y su voluntad los habían orientado a través de siglos de aprendizaje, de adaptación y creación de una nueva forma de vida. La noticia conocida hacía pocos meses, de que existían otros de su especie, cárpatos que no eran vampiros, provocó en ellos una gran impresión. Darius temía, aunque no dijera nada, que todos los machos de su especie se habían convertido, y le preocupaba qué sería de la suerte de sus protegidos si él llegaba a convertirse en vampiro. Hacía siglos que había perdido todas sus emociones, y eso era una señal se-

gura de que un macho corría el peligro de convertirse. Nunca hablaba de ello, pero siempre temía que llegaría un día en que se volvería en contra de los suyos, y que sólo dependía de su voluntad de hierro y de su código de honor privado para impedirlo. Uno de los machos del grupo ya se había convertido, se había transformado en lo nefando. Darius se alejó flotando de su hermana y su compañero, pensando en Savon. Savon era el segundo en el rango de edad, su amigo más cercano, y Darius dependía a menudo de él para cazar o proteger a los demás. Savon siempre había sido el segundo al mando, y en él confiaba Darius para guardarle las espaldas.

Se detuvo un momento junto a una enorme encina y se apoyó en el tronco, recordando aquel día horrible hacía pocos meses, cuando encontró a Savon agazapado junto a Syndil, cuyo cuerpo quedó convertido en una masa de mordiscos y magulladuras. Estaba desnuda, con sus bellos ojos congelados de espanto, y entre sus piernas asomaba una mezcla de sangre y semen. Entonces Savon atacó a Darius, buscándole el cuello, mordiéndolo y provocándole graves heridas que resultaron casi mortales. Sólo entonces Darius entendió que su mejor amigo se había convertido en aquello que los machos más temían, en un vampiro. En una criatura inerte. Después de violar y atacar a Syndil, Savon intentó acabar con Darius.

A Darius no le quedó más alternativa que matar a su amigo y quemar su cuerpo y su corazón. Con el tiempo, había aprendido de la manera más difícil a destruir a los vampiros. Porque las criaturas inertes podían renacer una y otra vez, a pesar de sus heridas mortales, a menos que se utilizaran ciertas técnicas. Darius no había tenido a nadie que lo instruyera en esas técnicas, sólo una eternidad para aplicar sus instintos a la práctica y corregirse a base de cometer errores. Después de aquel terrible combate contra Savon, Darius pasó un tiempo recluido en las entrañas de la tierra, curándose de sus heridas.

Syndil se volvió muy silenciosa en los meses que siguieron a ese episodio. A menudo adoptaba la forma de una pantera y se quedaba con los otros felinos, Sasha y Forest. Darius suspiró. Sólo ahora podía sentir el profundo dolor que lo aquejaba al pensar en Savon, además de la culpa y la desesperanza por no haber sido capaz de anticipar la tragedia y encontrar una manera de ayudar a su amigo. Al fin y al cabo, él era su líder, el responsable. Y Syndil era como una niña

perdida, tan triste, con tanta cautela en sus bellos ojos negros. Le había fallado a ella, sobre todo, porque había sido incapaz de impedir que Savon le hiciera daño a uno de los suyos. En su arrogancia, llegó a pensar que su liderazgo y la unidad entre todos impedirían que se produjera la peor depravación que uno de su especie podía sufrir. Todavía no se atrevía a mirar a Syndil directamente a los ojos.

Y ahora él mismo violaba sus propias leyes. Sin embargo, se preguntaba, ¿había creado esas leyes para que la «familia» tuviera un código por el que orientar su conducta? ¿O era su padre el que le había hablado de esas cosas? ¿O acaso estaban en él antes de nacer, como sucedía con ciertos conocimientos? Si hubiera sido más amigo de Julian, quizás habrían compartido información, pero durante siglos Darius había aprendido solo, lo cual lo hacía un individuo contenido y retraído, un ser que no respondía ante nadie y que aceptaba las consecuencias de sus actos y errores.

Sintió una punzada de hambre, y supo que no tenía otra opción que salir a cazar. El campamento donde habían decidido pernoctar unos días se encontraba en el interior de un parque natural de California, poco transitado y, en ese momento, vacío. Una autopista pasaba cerca de ahí, pero él había desplegado una red invisible de alarma entre el camino y el campamento, creando una especie de opresión y temor en cualquier humano que pensara en detenerse ahí. No quería hacerles daño a los humanos, pero era una manera de ahuyentarlos. Sin embargo, aquello no había disuadido a Tempest.

Darius pensó en eso mientras mutaba de forma. A medida que avanzaba, su cuerpo se retorció y estiraba. Los músculos y los miembros fibrosos pronto se adaptaron al paso suelto y flexible de un leopardo, y Darius se internó en silencio por el bosque hacia un área de campamento más popular situada cerca de un lago de aguas claras y profundas.

El leopardo cubrió aquella distancia con rapidez, oliendo en busca de una presa, dando vueltas para situarse a favor del viento y arrastrándose entre los arbustos. Observó a dos hombres que pescaban desde un cañaveral en la orilla. Hablaban con frases breves y entrecortadas.

Darius no prestó atención a sus palabras. Bajo su forma de felino, se mantuvo pegado al suelo, avanzando cuidadosamente una

pata, luego la otra, arrastrándose en silencio. Uno de los hombres giró la cabeza al oír unas risas que venían del campamento. Darius se detuvo, y luego siguió avanzando en cámara lenta. Cuando su presa volvió a mirar hacia el lago, con un sigilo absoluto, el leopardo se acercó más y más, ahora totalmente agazapado, con sus poderosos músculos apretados y a la espera.

Darius transmitió una llamada silenciosa hacia el más pequeño de los dos hombres con la intención de que se acercara. El hombre alzó la cabeza y se giró hacia el leopardo que acechaba entre los arbustos. Dejó caer su caña en el lago y empezó a caminar a paso inseguro. Tenía una mirada vidriosa.

—¡Jack! —El segundo hombre recogió la caña que se hundía y se giró para mirar a su amigo.

Darius congeló a los dos hombres con un bloqueo mental y recuperó su forma habitual cuando «Jack» se acercó al gran felino. Era lo único seguro que podía hacer. Había descubierto que los instintos depredadores del felino hacían que esa mutación fuera peligrosa cuando se trataba de alimentarse. Con sus afilados colmillos, el leopardo podía morder y matar a sus presas. Cuando niño, Darius había aprendido a través del ensayo y el error, aunque en aquel entonces todavía no era lo bastante fuerte o diestro para cazar, ni había aprendido qué cosas eran aceptables y qué cosas no lo eran. Hasta que creció, no tuvo otra opción que servirse del leopardo y sus habilidades, y aceptaba la responsabilidad por los africanos que morían, ya que era la única manera de mantener vivos a los demás niños.

Ahora, gracias a su dilatada experiencia y a una táctica perfeccionada con el tiempo, hizo que el segundo hombre se calmara y se sumiera en una actitud pasiva. Inclino la cabeza y bebió, cuidando de no excederse. No quería que su presa enfermara ni se mareara. Después de ayudar al primer hombre a sentarse entre los arbustos, llamó al segundo.

Cuando estuvo finalmente saciado, volvió a mutar de forma. El felino dejó escapar un gruñido sordo. Al ver los cuerpos, su instinto lo incitaba a tirar de esos despojos hacia los árboles y acabar de consumirlos, sangre y carne. Darius luchó contra aquel impulso y se alejó sigilosamente hacia el autobús de la caravana.

Su grupo ahora viajaba como una banda musical, trovadores del

mundo moderno, yendo de ciudad en ciudad, cantando, la mayoría de las veces en los pequeños locales que prefería Desari. Estar constantemente de viaje también les permitía conservar el anonimato, aunque su fama exterior siguiera creciendo. Desari tenía una voz hermosa, misteriosa y embrujadora. Dayan era un excelente compositor de canciones y él también cautivaba al público con su voz y los mantenía como hipnotizados. En los viejos tiempos, su vida de trovadores les permitía viajar de un lugar a otro sin mayores controles, y nadie podía ver ni comparar las diferencias con otros seres humanos. Ahora que el mundo se había vuelto más pequeño, conservar su intimidad a salvo de los admiradores era mucho más difícil. Por lo tanto, hacían todo lo posible por actuar y parecer «normales», y eso implicaba viajar en automóviles, unos ingenios ineficientes e imperfectos. Era por eso que necesitaban un mecánico que se ocupara de sus vehículos.

Darius volvió al campamento y mutó de forma al entrar en el autobús caravana, equipado con todo tipo de lujos. Tempest dormía profundamente, y él pensó que seguramente se debía a que él había bebido de su sangre con avidez. Tendría que haberse controlado, privarse de aquel éxtasis inesperado.

Con sólo mirarla, su cuerpo entero le dolió, presa de una demanda incesante y urgente, una demanda que no desaparecería, él lo sabía. Él y esa mujer pequeña y feroz tendrían que establecer algún tipo de equilibrio. Darius no estaba acostumbrado a que se le contrariara. Todos le obedecían siempre sin rechistar. No podía esperar que una mujer tan impetuosa como ella hiciera lo mismo. La arropó con la manta y se inclinó para rozarle la frente con los labios. Con el dedo pulgar, recorrió la suavidad de su piel y sintió una descarga en todo el cuerpo.

Darius tuvo que contenerse y dio una orden estricta a los leopardos antes de salir del autobús a grandes zancadas. Quería que Tempest estuviera a salvo siempre. A pesar de que los felinos se pasaban el día durmiendo, como Darius y su pequeña familia, daban al grupo una semblanza de seguridad, y custodiaban el autobús mientras ellos descansaban y se recuperaban en las entrañas de la tierra. Ahora ordenó a los felinos que su instinto de protección debía incluir a Tempest antes que a los demás.